



«Encomienda tu camino al Señor y él actuará» (Sal 37,5)

Jornada de Responsabilidad en el Tráfico

Subsidio litúrgico
para el celebrante

XIII Domingo del tiempo ordinario

Domingo, 2 de julio de 2023



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Vienen con alegría (CLN, 728) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 46, 2):

Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo
estén con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la Jornada:

Bienvenidos, hermanos todos, a esta celebración eucarística del XIII domingo del tiempo ordinario.

Hoy, al inicio de las vacaciones del verano y los masivos desplazamientos de vehículos, celebramos la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico. Por ello, también queremos recordar a san Cristóbal, patrono de los transportistas y conductores.

«Encomienda tu camino al Señor y él actuará» es el lema de este año, tomado del salmo 37, que nos invita a todos a dedicar unos momentos a la oración: antes, durante o al final del viaje, como ya san Juan Crisóstomo en el siglo IV aconsejaba: «Conviene que el que anda yendo de un lado para otro, intente elevar la súplica desde lo más hondo de su corazón».

Sin duda alguna, muchos de los que estamos hoy aquí, hemos llegado en algún medio de transporte que tan buen servicio nos presta. Bienvenidos, pues, a esta eucaristía en la cual vamos a tener muy presentes a todos los transportistas y profesionales del volante, así como a todos los conductores, para que, con la debida responsabilidad, eviten toda clase de accidentes, pues, como dice el papa Francisco: «¡Toda vida es sagrada! Para salvar vidas: reduce la velocidad».

Uniéndonos a la invitación que nos hace el lema de la Jornada: «Encomienda tu camino al Señor y él actuará», salgamos de la eucaristía con el propósito de rezar cada vez que nos ponemos en camino. Seguramente que, según su promesa, el Señor actuará.

Bajo la mirada materna de santa María de la Prudencia y de san Cristóbal, iniciamos la celebración de la santa misa.

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramamos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Tú, nuestro gozo de cada día: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Tú, nuestro honor y fuerza: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

Tú, nuestro escudo y nuestro rey: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios,
que por la gracia de la adopción
has querido hacernos hijos de la luz,
concédenos que no nos veamos envueltos
por las tinieblas del error,
sino que nos mantengamos siempre
en el esplendor de la verdad.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

℟. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

NOTAS PARA LA HOMILÍA

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, hemos repetido una y otra vez con el salmo responsorial, conscientes de que el Señor es nuestro escudo y por ello nos sentimos dichosos de poderlo aclamar.

El evangelio de hoy nos pone delante de una escala de valores ante los cuales hay que tomar partido, sin medias tintas ni titubeos: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí».

El amor que nos pide el Señor debe estar por encima del que justamente debemos profesar a nuestros padres o a nuestros hijos. Estas afirmaciones casi nos llegan a escandalizar, pero, no nos hemos terminado de reponer del susto, que ya tenemos encima otra nueva sentencia: «El que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí».

Seguimos un tanto desconcertados pensando en lo que termina de decirnos el Señor, y vuelve de inmediato a sorprendernos con palabras tajantes: «El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará».

Nos parece un juego de palabras: perder... encontrar... pero claro, estamos hablando de la vida, la única vida que tenemos, la que no depende de tus bienes (Lc 12, 15): «Pues la vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido» (Lc 12, 23) y «Nadie jamás ha odiado a su propia carne, sino que le da alimento y calor» (Ef 5,

29) para conservarla. Esto nos hace recordar el dramático momento en el cual Dios le pide a Abrahán la vida de su hijo, diciéndole: «¡Abrahán! [...] Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac [...] y ofrécemelo allí en holocausto» (Gen 22, 2). ¿Es demasiado exigente el Señor? Seguramente que sí, según las palabras de Jesús: «Por eso me ama el Padre, porque yo entrego mi vida» (Jn 10, 17), o lo que dice Pablo al respecto: «Dios [...] no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom 8, 32).

Dios nos pide todo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser» (Mc 12, 30) pero también nos lo da todo en Jesús (Rom 8, 32).

Tanta exigencia no puede ser sino respuesta a «aquel que nos amó primero» (1 Jn 5, 19) «porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su unigénito para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

Qué hermosas son las palabras de san Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10).

Desde pequeños hemos aprendido a poner precio a todo, y, cuando algo es muy barato, inmediatamente desconfiamos. Solamente entrando en la lógica de Dios podemos comprender «que lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios» (1 Cor 1, 27); que el grano de mostaza, siendo la más pequeña de las semillas, crece y se convierte en árbol (Mt 13, 31-32); que dar a beber un simple vaso de agua fresca a un sencillo discípulo no se quedará sin recompensa y que por acoger al profeta y al justo a su tiempo recibiremos la paga de profeta y de justo, como hemos escuchado hoy en el evangelio.

En definitiva, hermanos, que en el evangelio de hoy encontramos una gran ganga; qué hacer o no hacer, para llegar a ser dignos del Señor. ¡No es nada! Poder oír de sus labios: «Venid vosotros,

benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25, 34), ya que, «si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él» (Rom 6, 8), nos ha dicho la segunda lectura de hoy.

En resumen, creo que podemos hacer nuestras las palabras de san Juan: «Nosotros amemos a Dios, porque él nos amó primero» (1 Jn 4, 19).

Como decíamos al inicio de la celebración: hoy, primer domingo de julio, la Iglesia celebra la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico, con el lema: «Encomienda tu camino al Señor y él actuará» (Sal 37, 5). Se trata de una invitación directa a todos los creyentes a ponerse en las manos del Señor antes de ponerse en camino, a la vez que le pedimos «mano firme y mirada vigilante» para poder hacer el viaje tranquilamente, disfrutando de la compañía que podamos llevar con nosotros, o sencillamente, gozar del paisaje contemplando la obra creadora de Dios en la naturaleza y finalizar el viaje felizmente todos nuestros días.

«Encomienda tu camino al Señor y él actuará» nos invita a rezar antes del viaje, en el viaje o al finalizar el viaje. Tertuliano, un gran creyente de los primeros siglos de la Iglesia, decía que, «en todos nuestros viajes y movimientos, en todas nuestras salidas y llegadas [...] marcamos nuestra frente con el signo de la cruz». Y san Juan Crisóstomo, también de los primeros siglos de la Iglesia, dice que «conviene que el que anda yendo de un lado para otro intente elevar la súplica desde lo más hondo de su corazón».

Hacer la señal de la cruz, rezar el padrenuestro, el avemaría u otras oraciones de nuestra devoción puede ser buena ocasión para hacer realidad lo que nos ha dicho el salmo: «Encomienda tu camino al Señor y él actuará» (Sal 37, 5).

Que santa María de la Prudencia nos ayude en nuestros desplazamientos por calles y carreteras y san Cristóbal vele siempre por nosotros.

PROFESIÓN DE FE

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor, nuestro Dios. Su misericordia es eterna.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la santa Iglesia, por el papa Francisco, por el Departamento de Pastoral de la Carretera que, desde hace cincuenta y cinco años, trabaja entre nosotros por la seguridad vial, para que, inculcando la responsabilidad en el tráfico, nuestras carreteras sean más seguras. Roguemos al Señor.
2. Por que los gobernantes y quienes tienen responsabilidad en nuestra sociedad encuentren soluciones justas a los problemas que afligen a nuestra sociedad, especialmente para con los más pobres, débiles y marginados. Roguemos al Señor.
3. Por todos los conductores que hoy, en la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico, celebran a su patrón, san Cristóbal, para que, como él, sean portadores de Cristo y hagan que en la carretera les conduzca la prudencia y el respeto a las normas de tráfico, para salvar vidas. Roguemos al Señor.
4. Por todos los conductores y trabajadores en los medios de transporte, que cada día necesitan conducir por centros urbanos y carreteras, por los peatones, por los que investigan en los laboratorios de seguridad vial, por las autoescuelas y por cuantos velan por nuestra seguridad, para que entre todos logremos una conducción responsable y segura. Roguemos al Señor.
5. Por todos los que han sufrido algún accidente, para que el Señor mitigue su dolor, enjugue sus lágrimas y les conceda incorporarse nuevamente a los quehaceres de cada día. Roguemos al Señor.

6. Por el eterno descanso de todos nuestros hermanos difuntos, principalmente por los fallecidos en accidente de tráfico, para que el Señor, Padre misericordioso, les conceda su reino y a los familiares consuelo y la esperanza de encontrarlos en su reino. Roguemos al Señor.

7. Por lo que nos hemos reunido hoy para celebrar la eucaristía, para que sepamos acogernos unos a otros, pues es el mismo Cristo quien acoge y a quien acogemos. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

ESCUCHA, Señor, la oración de tu pueblo,
que espera ser recibido en tu morada eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Bendigamos a Dios (CLN, 620) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

LA ofrenda divina
que hemos presentado y recibido
nos vivifique, Señor,
para que, unidos a ti en amor continuo,
demostramos frutos que siempre permanezcan.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

MONICIÓN

Hemos celebrado la eucaristía, donde sentados a la mesa con Jesús, nos hemos sentido hermanos y amigos. Salgamos contentos a la calle a cumplir con nuestras obligaciones. Que el Señor bendiga nuestros vehículos, y cuando los usemos — por trabajo, necesidad o descanso— no olvidemos las palabras del papa Francisco: «¡Toda vida es sagrada! Hagamos que las carreteras sean seguras y resulten una prioridad. Para salvar vidas, reduzcamos la velocidad».

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia
y os llene de la sabiduría eterna.**

Rx. Amén.

**Él aumente en vosotros la fe
y os dé la perseverancia en el bien obrar.**

Rx. Amén.

**Atraiga hacia sí vuestros pasos
y os muestre el camino del amor y de la paz.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

RITO DE LA BENDICIÓN DE VEHÍCULOS DESPUÉS DE LA MISA

El sacerdote, al comenzar la celebración, dice:

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Rx. Que hizo el cielo y la tierra.

MONICIÓN

Cristo, el Hijo de Dios, vino al mundo para reunir a los dispersos. Por consiguiente, todo aquello que contribuye a que los hombres se unan entre sí es conforme a los designios de Dios, ya que la construcción de nuevas vías de comunicación y el progreso técnico en los transportes acortan las distancias existentes y suprimen la separación que existe entre los pueblos a causa de las montañas o los mares. Pidamos al Señor que por la intercesión de nuestra Señora del Camino y de san Cristóbal, bendiga estos medios de transporte y proteja con su ayuda a los usuarios.

Uno de los presentes, o el mismo ministro, hace una brevísima proclamación de la Sagrada Escritura, leyendo:

Escuchemos las palabras del Evangelio según san Juan:

Dijo Jesús: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí» (Jn 14, 6).

Luego el sacerdote, con las manos juntas, dice la oración de bendición:

Oremos.

Después, con las manos extendidas, dice la oración de bendición:

DIOS todopoderoso, creador del cielo y la tierra,
que, en tu gran sabiduría,
encomendaste al hombre hacer cosas grandes y bellas,
te pedimos por los que usen estos vehículos:
que recorran su camino con precaución y seguridad,

**eviten toda imprudencia peligrosa para los otros,
y, tanto si viajan por placer, por trabajo o por necesidad,
experimenten siempre la compañía de Cristo,**

Junta las manos.

que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

Después de la oración de bendición, según las circunstancias, el sacerdote rocía con agua bendita los vehículos y a los asistentes.

El sacerdote concluye con la bendición a la asamblea:

**El Señor os guíe en vuestros desplazamientos,
para que hagáis en paz vuestro camino
y lleguéis a la vida eterna.**

R̄. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

R̄. Amén.

Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española